
Los jóvenes y la familia

Manuel Navarro López

Arbor CLXXVIII, 702 (Junio 2004), 377-400 pp.

La categorización social de la juventud

La juventud se ha convertido en un objeto de estudio y de atención política desde mediados del siglo XX. Hay diversas razones o causas que explican o justifican este hecho: la prolongación de la edad escolar y, como consecuencia, de la niñez y sobre todo de la adolescencia; pero, también la extensión de la etapa de incorporación a una vida adulta focalizada en el trabajo y la formación de la propia familia, que coincide con la etapa vital de la juventud. Es así como aparece un colectivo cada vez con formas de vida y problemas más similares, con una cierta conciencia de pertenencia al mismo y con una vigilancia específica de las fuerzas políticas tanto por su importancia electoral como por su cantera para el reemplazo de futuros miembros.

A veces se ha esbozado, con legítimas críticas, la juventud como un grupo social. El lenguaje de las ciencias sociales al cobrar vida propia confunde a veces la realidad. No parece que puedan existir empíricamente más grupos que los primarios. Más allá estamos siempre ante constructos, que alguien en algún momento ha definido y provocado. En el mundo de los constructos da lo mismo establecer la juventud como grupo que como colectivo. Pero, sí tiene más importancia la referencia al mundo real. Curiosamente, fueron los regímenes fascistas los primeros que dieron esa configuración de grupo a la juventud o a las juventudes. Desde entonces, la juventud ha adquirido un protagonismo político. Hoy día la propia identificación de los jóvenes y sus características sociológicas parecen configurar la juventud más allá de un simple constructo, pero también es cierto que sobreviven sociológica y políticamente diversas juventudes.

Desde la perspectiva de las ciencias sociales, la juventud como objeto emerge en los años sesenta, como consecuencia de diversos factores: por su importancia demográfica (por el *baby boom* posterior a la guerra), por su papel emergente como colectivo por la generalización y prolongación de la etapa formativa y por su protagonismo político, en movimientos de protesta y como nicho de votos. Los tres factores ya estaban presentes, con una dimensión limitada, antes de la segunda guerra mundial y eso explica la primitiva utilización política de los jóvenes, pero su definición sociológica no se produce hasta la década de los sesenta, en parte porque la propia sociología no estaba madura para haber detectado su importancia antes.

A partir de esas fechas y con distinto desarrollo según los países la sociología de la juventud ha ido produciendo sucesivos estudios genéricos o especializados, de forma especialmente intensa en España, por razones políticas fundamentalmente, con la creación de un Instituto de la Juventud, que se fraguó a partir de órganos administrativos y políticos del régimen de la época.

Hoy día nos encontramos con una profusión de estudios e informaciones sobre los jóvenes que es prácticamente inabarcable, porque una buena parte de las diferentes y abundantes administraciones e instituciones del país dedican esfuerzos en esa dirección al objeto de establecer medidas de protección hacia ese colectivo, siendo tanto estudios como actuaciones finalmente de escaso alcance, en la mayoría de los casos, como prueba la persistencia de los problemas centrales que afectan a la juventud.

La juventud, el conjunto de los jóvenes, puede ser contemplada por la sociedad como colectivo estadístico, como grupo o como cualquier otra dimensión colectiva posible, y bien como subcultura, como problema social, como resultante de otros cambios sociales o como objeto de actuación. Pero, el resultado es que la sociedad reconoce a la juventud no exclusivamente como una etapa de la vida sino como el conjunto de las personas que tienen una edad más o menos determinada. Y esa percepción de la juventud se asienta sobre una dimensión: la familia. Cada vez más la juventud se vincula con las personas que habiendo dejado de ser niños no han completado su autonomía plena mediante la creación de una familia propia y la suficiencia de medios económicos para tal fin a través de un trabajo, lo que a su vez implicaría la formación de un hogar mediante la disponibilidad de una vivienda.

La sociedad ha acatado como normal que haya una etapa de dependencia familiar resultante de los procesos educativos y como preparación

para la etapa de autonomía. Pero, la difícil y prolongada transición a la vida laboral se nos muestra ya como un problema que afecta a los interesados, a sus familias y al conjunto de la sociedad. No obstante, en la actualidad emergen discursos sociales tendentes a que sea aceptada la extensión de la inserción laboral y la consiguiente posposición de la emancipación, como un fenómeno que correspondería a las nuevas características de la sociedad, así como en otras épocas y en otro tipo de sociedad eso hubiera sido imposible, porque se obligaría al trabajo productivo ya desde la infancia. Evidentemente, esto es una apreciación con una fuerte carga ideológica, que de momento al menos no parece que vaya a ser asumida por los interesados.

Sin embargo, es cierto que se produce una articulación entre los tipos de sociedad, los tipos de familia y el papel social de los jóvenes, hasta donde la literatura social ha definido como evolución de las condiciones sociales de subsistencia y las formas familiares que han ido parejas: sociedades cazadoras o recolectoras, familias patriarcales o matriarcales, sociedades industriales y familias nucleares, democratización de las relaciones en el interior del núcleo familiar, etc.

Algunas de estas configuraciones conceptuales están detrás de los resúmenes adjuntos (esquemas 1 y 2) sobre cambios en la familia y cambios en la sociedad, que se habrían producido al filo de las transformaciones que han sido paralelas o provocadas por la transición democrática española. El objetivo no es otro que evocar una muestra de conceptos y símbolos que utilizamos y tratar de encajar algunas piezas para orientar al lector en definitiva en las causas de algunos de los comportamientos y problemas que tienen los jóvenes en nuestro coetáneo espacio social. Así, junto a los cambios políticos e ideológicos se han asociado otros demográficos, económicos, laborales, educativos, todos los cuales han ejercido una influencia directa o indirecta sobre las condiciones de vida, la organización y las relaciones internas de las familias españolas. Un resultado es que los jóvenes se han socializado en una sociedad y una familia tan renovadas que, en muchos aspectos, su mentalidad difiere sustancialmente de la que tuvieron generaciones anteriores: por ejemplo, en relación a la igualdad de sexos, al sexo y a las relaciones sexuales, a las relaciones de pareja, al matrimonio, a la fecundidad, etc.; pero, asimismo a sus actitudes consumistas, a su disposición a la formación y postergación de la emancipación, a la valoración del trabajo, la vocación, las identificaciones sociales y muchas otras dimensiones.

ESQUEMA 1. Cambios en la familia

Antes de la Democracia	Durante la Democracia	Juventud
Hogares con familias extensas y numerosas	Segregación de hogares, descenso de tamaño.	Menos convivencia entre iguales. Nuevos agentes de socialización
Familia patriarcal, autoritaria, machista	Democratización familiar	Igualdad de sexos
Estricta moral sexual, represión	Relajación o abandono moral tradicional	Libertad relaciones sexuales
Matrimonio religioso e indisoluble	Divorcio, matrimonio civil, parejas de hecho	Cambio de mentalidades y comportamientos
Escaso control de natalidad	Proliferación métodos anticonceptivos	Control y postergación de la fecundidad
Unidad de ingresos y consumos	Economía familiar compleja e individual	Autonomía consumista
Transición laboral temprana y necesaria	Alargamiento de la transición laboral	Reforzamiento y prolongación vida familiar
Transición familiar lenta por noviazgo y vivienda	Transición en relación de pareja	Emancipación sexual temprana

ESQUEMA 2. Cambios en la Sociedad

Sociedad Predemocrática	Sociedad Democrática
Situación política de partida: División guerra civil, régimen autoritario, aislamiento internacional	Objetivos políticos: Superación divisiones políticas, democratización, incorporación a Europa.
Valores predominantes: autoridad, conservadurismo político, tradiciones, religión...	Orientación hacia la igualdad social, progresismo político, Innovación y cambio social, laicismo...
Incipiente modernización social parcial: economía de mercado, apertura cultural, educación, sanidad, transportes...	Modernización social completa en lo económico, <u>político</u> , cultural y social.
Desarrollo económico bajo, pero fuerte: salarios bajos pero al alza, inicio del consumo de masas, demanda de trabajo cualificado, paro reducido...	Desarrollo económico alto y sostenido: salarios altos pero con tendencia a decrecer para los jóvenes, inseguridad, empleos «inadecuados», elevado paro...
Emergencia de cambios sociales y culturales: educación y medios de comunicación.	Consolidación del sistema educativo y multiplicación de medios de comunicación. Internet.
Estado de bienestar con límites: sanidad, educación, pensiones...	Estado de bienestar generalizado. Tendencias actuales regresivas.

Características de la juventud

La plasmación de los rasgos genéricos de transformación de la familia y la sociedad apuntados tiene su correlato en una juventud que como se ha anunciado asume y se adapta a las nuevas condiciones sociales y familiares. Esos procesos pueden ser valorados positivamente en muchos aspectos, pero están programando otros más problemáticos cuyos perfi-

les y consecuencias merecen ser el centro de atención en este análisis sobre los jóvenes y la familia, víctimas a la postre, podríamos decir, de una sociedad que está resultando incapaz de resolver una problemática esencial, objetivo al que incluso parecen haber renunciado sus más conspicuos representantes, a cambio de esfuerzos sistemáticos por enmascararla.

El problema de la juventud española que irrumpe con fuerza en los años ochenta del pasado siglo tiene una primera dimensión que es la demográfica. A diferencia de las sociedades europeas y americana, el *baby boom* se retrasa hasta los años sesenta. Por eso a partir de la octava década se une la relativa explosión demográfica de jóvenes a la aparición de problemas sociales, económicos y familiares. En el cuadro 1 se puede contrastar esa situación y su evolución actual en los límites clasificatorios que han obligado las estadísticas demográficas a considerar la juventud primero como los miembros de las cohortes entre 15 y 24 años y después entre los 15 y los 29. El pudor de los estudiosos de este tema ha frenado la extensión de la juventud más allá de los 30 años, pero como tendremos ocasión de comprobar hay que hacer algunas referencias a lo que está sucediendo todavía en estos tramos de la vida de nuestros coetáneos. Más aún, un fenómeno que originalmente fue específicamente español parece generalizarse en otros países, sin visos de solución inmediata.

CUADRO 1. Evolución de la población joven (1960-2001)

	15-19 años		20-24 años		25-29 años		Total 15-29 años	
	Total	%	Total	%	Total	%	Total	%
1960	2.434.023	7,97	2.267.697	7,43	2.446.739	8,01	7.148.459	23,41
1970	2.739.336	8,05	2.548.753	7,49	2.239.480	6,58	7.527.569	22,12
1981	3.263.312	8,66	2.942.178	7,81	2.537.428	6,73	8.742.918	23,20
1991	3.253.661	8,32	3.269.734	8,36	3.289.087	8,41	9.812.482	25,09
2001	2.581.186	6,28	3.288.805	8,00	3.493.759	8,50	9.363.750	22,77

Porcentajes sobre la población total en cada año.

Fuente: INE, Censos de Población, 1960-1991; y Revisión del Padrón Municipal, 2001.

Sea como fuere, lo cierto es que la demografía contribuyó a colocar el problema de la emancipación de los jóvenes en una de las primeras preocupaciones de las familias españolas sin distinción apenas de clases sociales o comunidades. A partir del siglo XXI felizmente la demografía cambia de signo y la propia evolución de la fecundidad del pasado nos marca la minoración del problema para el futuro, con lo cual sin mover

un dedo político habremos mejorado la situación: menos presión sobre las aulas, menor paro, menor problema de vivienda, etc. Se habrá cambiado el ciclo vital alargando la niñez, la adolescencia y la juventud, sin más aparentes traumas. Sin embargo y desgraciadamente no todo lo resuelve la demografía y los mismos problemas, con igual o distinto collar, siguen realmente en la preocupación de los ciudadanos. La dimensión demográfica sigue siendo suficientemente pesada como para afectar al total de la sociedad y los nuevos modelos de inserción social que se han delineado ofrecen una problemática de más largo alcance.

Aunque a estas alturas la situación de las familias y de los jóvenes ha sido exhaustivamente analizada y es conocida tanto por los medios de comunicación como, y esto es lo más relevante, por los propios protagonistas, vamos a resumir y sistematizar los ejes sobre los que descansa la constitución de la juventud como objeto social. Los procesos de transición de los jóvenes hasta su propia madurez y emancipación de su familia de origen forman esos cimientos sobre los que se ha formado la categoría social de la juventud y concretamente son: el alargamiento de la transición desde la niñez a la vida adulta, derivado en gran medida, de la ampliación del proceso formativo, en una sociedad que puede permitirse y lo necesita para el mejoramiento del nivel y calidad de vida; la transición del hogar paterno al propio, esto es, la emancipación familiar y residencial de los jóvenes; y la transición de la educación al trabajo, su inserción laboral, que sigue siendo la piedra angular sobre la que descansa el resto de la problemática, pero no la agota.

El alargamiento del proceso educativo y la transición a la inserción social como adultos

Es sabido que en muchas sociedades del pasado se reconocía el salto de la niñez a la vida adulta estableciendo ritos, más o menos definidos, de paso de una etapa a otra, a partir de los cuales la sociedad asignaba un papel social distinto con el que se perdían ciertos privilegios como niño, pero se ganaban otros como adulto y sobre todo se asumían responsabilidades que contribuían a la madurez psíquica de los individuos y al equilibrio social.

Con la desaparición de la sociedad tradicional agrícola, esa transición ha ido borrando progresivamente sus fronteras hasta el punto de que los individuos adquieren su plena madurez física y psíquica sin que la sociedad les asigne los privilegios y responsabilidades propios de las socieda-

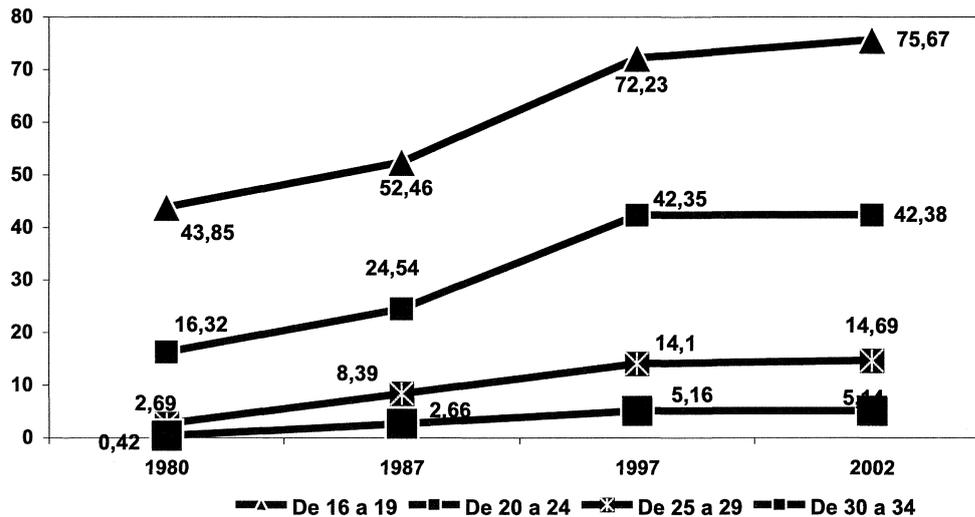
des antes mencionadas. Se produce de este modo una ambigüedad en el seno de la sociedad que ha creado esa nueva etapa de la vida sin saber reconocerla como tal y sin capacidad para adoptar soluciones a las demandas que al respecto comenzaron a hacer tanto los ciudadanos implicados directamente por su edad como los implicados por proximidad y responsabilidad, sus familias.

En un principio solamente una parte de los jóvenes adultos permanecía en los sistemas educativos, lo que representaba un privilegio social, por los beneficios posteriores en la carrera laboral. Esa situación de privilegio, que tenía una alta correlación con la posición social de la familia, hacía que la posposición de la transición a la vida adulta se impusiese por parte de la sociedad y de la familia sin más preocupación por sus efectos. Se producían disfunciones que eran minoritarias, esencialmente casos de inmadurez personal e incapacidad intelectual de los individuos, que fueron base para la crítica y derribo de un sistema de enseñanza elitista por otro de enseñanza más abierta, sin que se previeran las consecuencias para los propios individuos y para el conjunto de la sociedad por la indefinición del nuevo papel de hijos y padres.

Esa problemática se generaliza con la universalización de la enseñanza obligatoria, salvo que los mismos problemas son ahora tratados como inadaptaciones de los individuos o errores de los formadores, nunca como problemas de la sociedad. En todo caso, lo que tenemos en la actualidad es un sistema de enseñanza que ha ido dilatándose en el tiempo que ocupa a sus usuarios durante más tiempo de su vida y que abarca a más persona cada vez. Así, la enseñanza primaria pasa a ser enseñanza básica obligatoria, primero hasta los catorce años, después hasta los dieciséis. Pero, las enseñanzas anteriormente elitistas secundaria y terciaria o universitaria se masifican y anuncian la formación de una cuarta etapa de especialización o similar, primero restrictiva pero que también puede terminar siendo muy general.

Una constatación empírica de la entidad que ha adquirido la formación en la vida de las personas nos la ofrece el gráfico 1 que recoge las tasas de escolarización desde 1980 hasta 2002 para los diferentes tramos de edad de los jóvenes, pero incorporando ya al grupo de 30 a 34 años. Como se puede ver, la enseñanza es la actividad mayoritaria hasta los 19 años, afecta casi a la mitad hasta los 24, conserva todavía un 15% de jóvenes hasta los 29 y comienza a definir una minoría creciente que prolonga esta actividad más allá de los 30 años. En la mayor parte de los casos esta dedicación es única, lo que significa posponer la incorporación a tareas productivas, situación que afecta a proporciones cada vez más amplias y a edades más tardías.

GRÁFICO 1. Tasas de escolarización



En algún momento, se definió la Universidad como una institución donde se «aparcaba» a los jóvenes mientras se resolvía el problema del paro. Al mismo tiempo, se conservaba la impronta de que era un privilegio, que como tal no admitía objeción ni elusión. La configuración de la sociedad del conocimiento vino a legitimar «científicamente» la situación, en colusión con el recurso economicista del capital humano. La supervivencia de la superioridad económica y, quizás, social dependía de una mano de obra muy cualificada y eso producía una sociedad basada en la información, la educación y el conocimiento.

Sin embargo, algunos sociólogos de la educación que habían reflexionado desde el principio sobre la educación y los sistemas educativos habían objetado la superioridad absoluta de la educación y, sobre todo, de la educación establecida genérica e igual para todos. Las dificultades de los mercados de trabajo han ido cuestionando desde el mundo real la «funcionalidad» de la educación, tal como luego se verá. En todo caso, esa realidad ha hecho, como en otros campos de la vida social, que los individuos readapten su configuración del mundo heredada y comiencen a tomar decisiones consecuentes. Actualmente, este parece ser el caso de los jóvenes: empiezan a cuestionar el sistema educativo, desde diversas prácticas de automarginación que pueden estar aumentando, aunque no se disponga de datos, hasta estrategias educativas alternativas. Por ejemplo, la formación profesional como vía para satisfacer el objetivo

prioritario de encontrar un trabajo, la incorporación a un puesto de trabajo de baja cualificación para obtener un título educativo posteriormente, la «compra» de títulos universitarios y *masters*, la selección de carreras no en función de una supuesta vocación, que ya no significa gran cosa, sino en la medida que minimizan la relación esfuerzos/salidas profesionales y posiblemente muchas otras que habrá que conocer en el futuro. Detrás, late la impresión del cuestionamiento del sistema educativo tal como se configura: la duración, las materias y sobre todo su falta de proyección sobre el mundo laboral real.

Una manifestación que apunta hacia esa problemática nos la ofrece una investigación europea, en la que se han utilizado los datos recogidos en el cuadro 2, referentes a la movilidad educativa de los jóvenes europeos respecto a sus padres, diferenciando entre hombres y mujeres, considerando estabilidad, mismo nivel educativo, movilidad ascendente, mejora del nivel y movilidad descendente, descenso del grado educativo en relación al alcanzado por los padres. Pues bien, esta última columna es la más significativa. Si la educación es un resultado de la sociedad de la abundancia, si es un bien objetivo para los individuos y si la sociedad del conocimiento requiere niveles educativos cada vez mayores, lo lógico es que la movilidad ascendente fuese importante y mínima la movilidad descendente.

Sin embargo, nos encontramos con que países como Austria, Finlandia o Suecia tienen unas altas tasas de movilidad descendente; incluso, superior a la ascendente en los dos últimos casos. En cambio, en países con menor nivel de desarrollo como Eslovaquia, Rumania, Grecia o España la movilidad descendente es muy baja y muy alta la ascendente en los dos últimos casos. Es obvio que habrá que esperar a investigaciones posteriores para establecer conclusiones más contrastadas y la propia evolución de esos datos, pero en principio sugiere que los países primeramente citados pueden estar marcando una pauta, lo que nos obligaría a revisar muchas de las ideas establecidas en torno a los sistemas educativos, el valor absoluto de la educación formal e, incluso, la del capital humano.

Lo anterior no debe interpretarse como un giro radical acerca de esos conceptos, sino como una llamada de atención sobre la necesidad de su revisión, precisamente en la perspectiva de los jóvenes que son los primeros usuarios de los servicios educativos. La marginación dilatada de la vida adulta, que requieren los actuales sistemas de educación formal, estaría empezando a crear respuestas entre los jóvenes que buscarían vías más rápidas de incorporarse al mundo laboral activo, aún a costa de cercenar su carrera educativa. Si al mismo tiempo observamos la dificultad

persistente de esos sistemas para adecuarse al mercado de trabajo podríamos empezar a reflexionar sobre su duración, contenidos, orientación a la práctica o simplemente al mundo empírico y valor de los títulos finales. Nos encontramos con un mundo educativo orientado a la propagación de conocimientos teóricos y con estudios encaminados a obtener una licencia para el ejercicio de una profesión excluyente. Tanto en un caso como en otro hay una valoración del coste/beneficio que empezaría a no ser tan positiva para los jóvenes.

CUADRO 2. Tasas de estabilidad y movilidad ascendente y descendente según el nivel educativo alcanzado por los jóvenes y el alcanzado por sus padres (en porcentajes)

	Estabilidad			Movilidad ascendente			Movilidad descendente		
	Total	Hombres	Mujeres	T	H	M	T	H	M
A	52	52	52	25	26	26	22	22	22
B	46	40	43	41	51	46	13	9	11
E	47	37	42	46	59	53	7	4	5
FIN	40	40	40	27	34	31	33	26	29
F	43	38	40	45	53	49	13	9	10
EL	36	30	33	57	63	60	7	6	6
HU	62	63	63	24	26	25	14	11	12
I	47	43	46	42	49	46	10	6	8
RO	63	62	62	26	30	29	9	6	9
S	42	42	43	24	32	29	34	26	28
SI	51	43	48	32	46	39	17	10	13
SK	74	75	75	19	19	19	7	6	6

A: Austria. B: Bélgica. E: España. FN: Finlandia. F: Francia. EL: Grecia. HU: Hungría. I: Italia. RO: Rumanía. S: Suecia. SI: Eslovenia. SK: Eslovaquia.

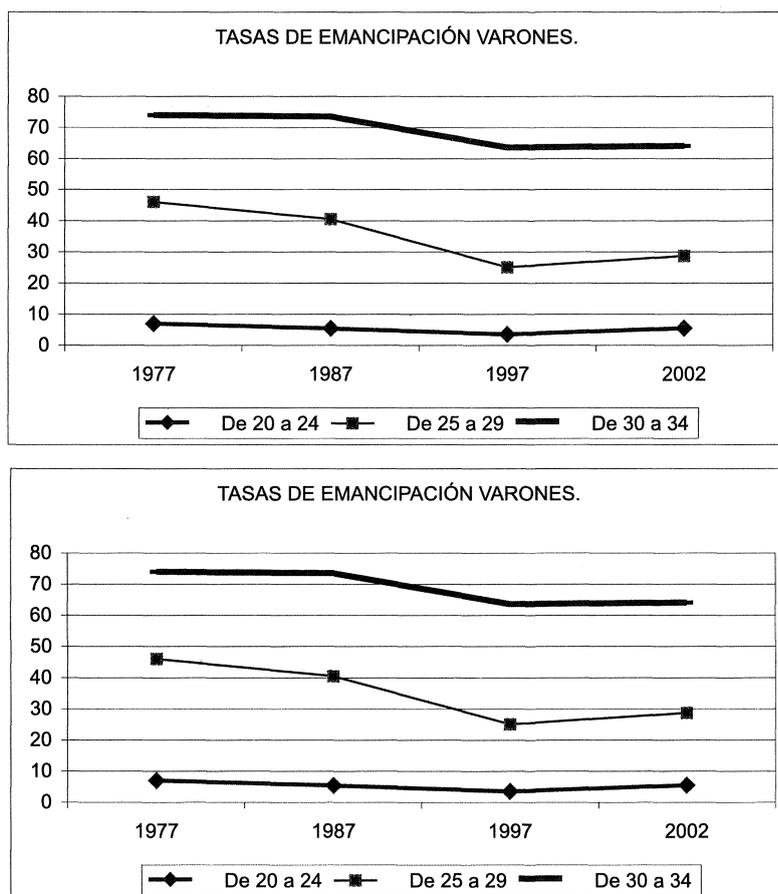
Fuente: Eurostat, Statistics General Indicators on transition from school to work. Youth transitions from education to working life in Europe, Statistical in focus, 4/2003.

Resumiendo, hay un contrastado alargamiento de los periodos educativos que conduce inevitablemente a la postergación de la actividad laboral y consecuentemente al retraso de la emancipación y a la dependencia de la familia de origen. Si a ello se añade el engrosamiento del paro entre los jóvenes de niveles educativos superiores, podemos inferir que algún tipo de respuesta empezará a surgir, aunque sea de modo minoritario.

La emancipación residencial de los jóvenes

Aunque la verdadera clave de la emancipación es el trabajo, no hay duda de que la emancipación residencial contribuye a la independencia y a la madurez, como es el caso de la mayoría de los que por razones de estudio u otras han tenido que salir del hogar paterno, aunque sigan dependiendo económicamente y quede el regreso en perspectiva. Pero, lo que queremos señalar es la importancia de esta independencia residencial que, además, es el requisito necesario para lograr la plena autonomía y formar el propio hogar.

GRÁFICO 2. Tasas de emancipación de los jóvenes (1977-2002)



Fuente: INE, Encuestas de Población Activa.

Las diversas encuestas de juventud y otros datos estadísticos que se han venido realizando desde finales de los años setenta, justo cuando empieza a manifestarse este problema, son contundentes acerca de la situación global de estas personas. Así, puede observarse en el gráfico 2, que la tasa de emancipación del hogar paterno ha ido descendiendo, aunque se observe un ligero repunte en el 2002. Tanto hombres como mujeres mantienen su vinculación hasta edades muy avanzadas. Entre los 20 y 24 años esas tasas están por debajo del 10%, cuando se trata de edades en las que tan solo hace cincuenta años la mayoría había formado su propio hogar y asumía la responsabilidad de sacarlo adelante, en cada uno de los papeles que tenían asignados en aquellos momentos.

Pero, el retraso de la emancipación ha ido aumentando y nos encontramos con tasas significativamente altas, sobre todo entre los hombres, de dependencia por encima de los 30 años, en un proceso que parece tiende a ir a más. El cambio social ha sido así intenso, por afectar a la mayoría de los jóvenes y por el número de años de retraso, y brusco por la rapidez con la que se ha producido. Es cierto que la familia española ha sido tradicionalmente más protectora que por ejemplo la anglosajona y que las condiciones materiales de vida han aumentado hasta el punto de que haya podido generarse un cierto conformismo en parte de los jóvenes que haya demorado una independencia que significaría no tanto la pérdida de algún confort material como la asunción de responsabilidades.

Sin embargo los hechos globales son tozudos e indican otra dirección. Primero, porque hay evidencias empíricas del retraso de la emancipación en países anglosajones, pero sobre todo porque cuando se pregunta a los jóvenes acerca de la forma de convivencia residencial preferida (cuadro 3), hay solamente una minoría que señala el hogar paterno que se hace más exigua conforme avanza la edad, pues entre los de más de 24 años la forma preferida es la propia casa y la brecha entre el deseo y la realidad la más profunda. Aunque se haya producido una cierta aceptación de prolongar la dependencia más allá de los 18 o 20 años, la elevada posposición de la emancipación produce primero, comportamientos adaptativos diversos (relaciones de pareja, trabajos parciales para pagar los gastos de bolsillo u otros, relaciones de más igualdad con los padres, etc.), pero también una toma de conciencia, un desencanto con su proyecto vital futuro, una crítica difusa a la sociedad y otras que habría que analizar mejor, que conducen o conducirán a comportamientos reactivos (por ejemplo, el caso de los «okupas» o el abandono del sistema educativo o la instrumentalización del mismo para sus fines, como tantos universitarios que solo desean el título sin mayor interés por los conocimientos que adquieren).

CUADRO 3. Formas de convivencia residencial.
Reales y deseadas. Jóvenes de 21 a 29 años

	21-24 AÑOS		25-29 AÑOS	
	REAL	DESEADA	REAL	DESEADA
En casa de sus padres	78,1	19,8	52,8	10,3
En su propia casa	11,2	68,7	37,1	84,2
En piso compartido	6,3	9,8	3,9	3,8
Otras formas	4,4	1,6	6,2	1,7

Fuente: INJUVE, *Informe Juventud en España, 2000*.

La inserción laboral de los jóvenes

Aunque la cuestión de la autonomía económica y personal a través del trabajo, que representa además la asunción de un papel de adulto en la sociedad, ha estado presente en las consideraciones anteriores, se ha dejado para el final por ser precisamente la consecuencia de todo lo anterior. Así, la prolongación de la educación formal hace inevitable el retraso de la incorporación al trabajo, salvo excepciones como ocupar ya un puesto en la empresa o la administración pública, tener relaciones familiares adecuadas o realizar estudios no presenciales. Para los casos alternativos vienen a suplir las deficiencias económicas las becas, que lógicamente no son equivalencias del trabajo.

Por otro lado, la capacidad económica de una buena parte de las familias ha rebajado la presión sobre los jóvenes para salir de casa y poder dilatar su inserción laboral en la perspectiva de mejorar la posición social futura, lo cual puede empezar a cuestionarse de persistir el estrangulamiento del mercado de trabajo. En definitiva, se ha conseguido que en las últimas tres décadas se hayan mantenido en más de un millón los jóvenes en paro, que en algunos años llega a casi dos millones, y muchos más retenidos en el sistema educativo.

La transición política española coincidió con una situación mundial de crisis que frenó radicalmente la demanda de mano extranjera en Europa, de forma que ambos fenómenos se conjuntaron para que la emigración española se trocase en una ligera inmigración con una presión fuerte sobre

el mercado de trabajo ya deteriorado por esos mismos acontecimientos. Si a ello se añade el crecimiento numérico de las cohortes demográficas en edad de trabajar y la progresiva incorporación de las mujeres en relativa igualdad con los hombres nos encontramos con un cúmulo de factores que colapsaron el mundo del trabajo y que tuvo como consecuencia la explosión de las cifras de paro y el fenómeno hubiera sido más grave de no mediar un acelerado incremento de las plazas escolares en todos los grados, las ayudas al desempleo, el crecimiento de las administraciones públicas y la aparición de una importante economía sumergida. Sin embargo las consecuencias de esa enquistada situación se dejan notar todavía y descansan en gran medida sobre las espaldas de los jóvenes.

La evolución de las tasas de ocupación entre 1987 y 2002, para el total de los jóvenes y para varones y mujeres, que se recogen en el cuadro 4, son suficientemente elocuentes. Como indican esos datos se puede deducir que, en general:

CUADRO 4. Tasas de ocupación. 16-34 años. 1987-97-2002

Tasas ocupación	TOTAL			VARONES			MUJERES		
	1987TIV	1997TIV	2002TIV	1987TIV	1997TIV	2002TIV	1987TIV	1997TIV	2002TIV
De 16 a 19	19,8	11,9	17,0	22,5	14,9	23,2	17,0	8,7	10,6
De 20 a 24	40,9	39,1	48,2	49,0	45,0	54,1	32,6	33,0	42,0
De 25 a 29	57,9	60,8	70,4	74,0	71,2	78,6	41,4	50,0	61,8
De 30 a 34	62,8	63,9	74,2	85,5	80,1	87,8	39,8	47,4	60,0

Fuente: INE, Encuestas de Población Activa.

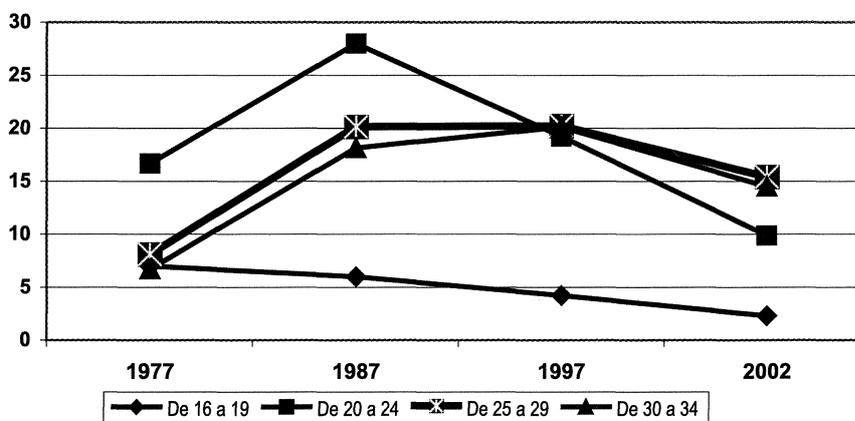
- La mayoría de los jóvenes no se incorpora al mercado de trabajo hasta pasados los 25 años.
- Las tasas de ocupación son relativamente bajas por encima de los 30 años, lo que indica que sigue habiendo problemas de ocupación pasada esa edad.
- Aunque persisten bajas tasas de empleo, la situación ha mejorado en el último decenio, pero no las condiciones laborales tal como veremos más adelante.
- Las mujeres han ido ganando terreno en el mundo del trabajo, pero mantienen una tasa inferior a la de los hombres y se sigue apre-

ciando un ligero bajón por encima de los 30 años, que podría relacionarse con el tradicional abandono del mercado a causa del matrimonio.

Correlativamente, en el gráfico 3 las tasas de paro siguen una evolución inversa, pero nos denuncian claramente la difícil situación de las generaciones jóvenes en los ochenta y el mantenimiento de cifras de desempleo que siguen siendo duras en la actualidad, aunque como se ha insinuado el problema actualmente está compartido con las condiciones laborales de muchos de los que tienen empleo. Para éstos, el mercado de trabajo tiene tres graves lacras:

1. La inadecuación de los empleos a su formación, es decir, la sobrecualificación de muchos jóvenes, que tienen que acabar aceptando trabajos diferentes al contenido profesional de sus estudios.

GRÁFICO 3. Tasas de paro, 16 a 34 años.
1977-87-97-2002



Fuente: INE, Encuestas de Población Activa.

2. La precariedad y las condiciones de trabajo, con contratos temporales o en la economía sumergida, cuestión ésta no recogida por las estadísticas oficiales, o bajo el enmascaramiento legal de contratos de prácticas o becas, situaciones todas ellas que derivan en muchos casos en jornadas prolongadas, hasta doce horas, ruptura de los descansos semanales y vacaciones dispersas o inexistentes, convirtiendo muchos de estos empleos en auténticos disparates labo-

rales, totalmente de espaldas a la legislación laboral, en fase de «suma y sigue».

3. Retribuciones económicas no solamente por debajo de trabajadores de igual cualificación educativa, sino incluso inferiores a las de trabajadores iguales en puestos de trabajo fijos, discriminados doblemente en razón de la edad bajo la especie de falta de experiencia.

La problemática anterior incide esencialmente sobre las mujeres, pero en conjunto se puede decir que se contempla la existencia de dos mercados de trabajo uno para los jóvenes y otro para el resto. Aunque es posible que aún exista otro adicional para los inmigrantes ilegales, precisamente por esa condición. Pero, en muchos casos no supondría una diferencia sustancial, porque asistimos a unos colectivos discriminados de hecho, con una difusa pero operativa base legal y, sobre todo, ideológica. En el caso de los jóvenes, bajo la coartada de que viven con sus familias y sus necesidades básicas están cubiertas, en el de los inmigrantes porque su situación por mala que sea es mucho mejor que en su país de origen y sus necesidades básicas quedan también cubiertas, aunque pueda ser de forma elemental.

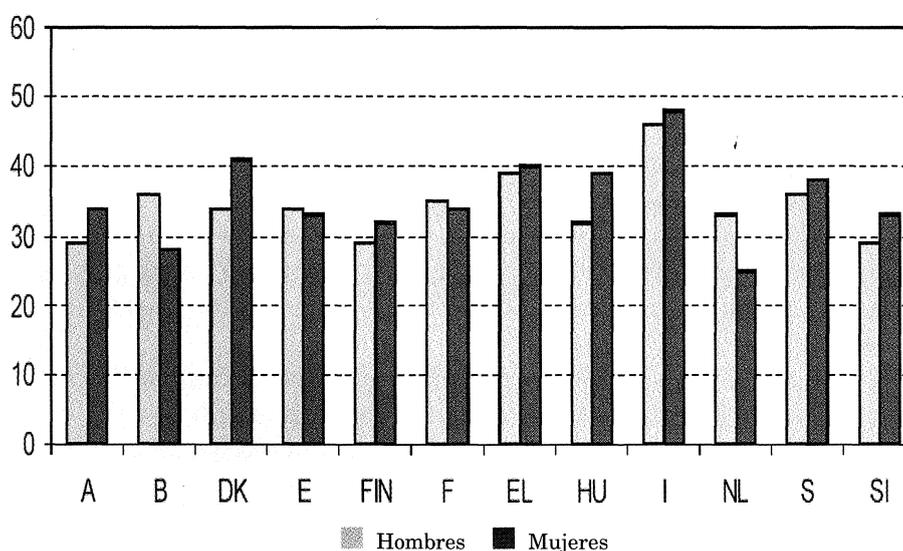
Hay que considerar dos factores adicionales: en el caso de los jóvenes la vinculación incluso a edades avanzadas con la posición social de su familia conduce a la invisibilidad social de su situación y a una nueva clase de pobreza que como vemos puede perpetuarse durante muchos años. Por otra parte, mientras que los inmigrantes mantienen una esperanza y, en muchos casos, una realidad de movilidad ascendente, para muchos jóvenes la perspectiva es justo la contraria, con consecuencias personales y de integración social a largo plazo.

De forma similar a lo que hemos visto que sucede con la movilidad educativa en otros países europeos, datos que contribuyen a cimentar los argumentos anteriores, podemos analizar también el retrato de la situación de los empleos inadecuados al nivel formativo, por género, para una amplia lista de países europeos, que se presenta en el gráfico 4. Podemos comprobar que la situación española no solamente no es excepcional sino que además es susceptible de empeorar a la vista de las dimensiones que alcanza en otras sociedades cercanas y nos pone de manifiesto también que la problemática laboral de los jóvenes no está en vías de solución.

A su vez, la evolución de la proporción de asalariados jóvenes con contrato temporal, referida a la sociedad española se muestra en el gráfico 5. La temporalidad desciende con la edad, pero ha aumentado en todos los tramos desde 1987, si bien ha mejorado ligeramente en 2002. Sin embargo, esa mejora ha sido menor entre los que tienen 25 y más años y re-

sulta dramático que todavía casi un 30% trabaje en situación precaria por encima de los 30 años. Esta proporción se ha más que duplicado desde 1987 y pone de relieve la magnitud del problema para una parte importante de los jóvenes, con un efecto de representación y de consecuencias reales diversas para la totalidad.

GRÁFICO 4. Incidencia de trabajos «inadecuados» por género y país

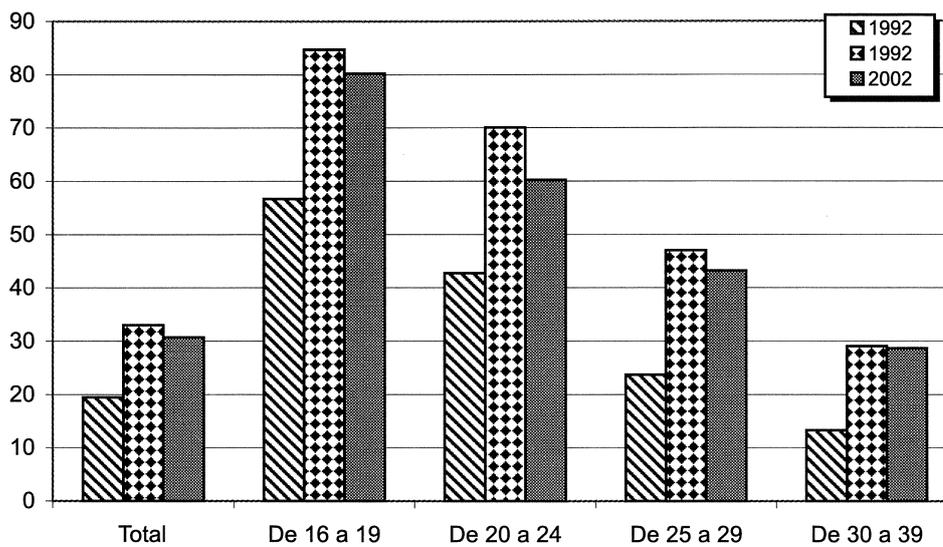


Abreviaturas: A: Austria. B: Bélgica. DK: Dinamarca. E: España. FN: Finlandia. F: Francia. EL: Grecia. HU: Hungría. I: Italia. NL: Holanda. S: Suecia. SI: Eslovenia.

Fuente: Eurostat, *Regional Labour Force Differences among Young People in the European Union*, Eurostat Working Papers, 3/2001/E/nº 7.

Aunque la situación española es particularmente grave en este punto, asistimos a un fenómeno que, de nuevo comprobamos no es ajeno al resto de Europa, como evidencian los datos del cuadro 5. En casi todos los países considerados la precariedad afecta más a los hombres y sus cifras son muy abultadas en Finlandia, Polonia, Suecia y Francia en los que concierne a más de un tercio de los mismos. Pero, se sitúan por encima del 20% en otros siete países, de tal forma que en el conjunto de la Unión Europea tenemos a un 26% de los hombres y a un 24% de las mujeres de entre 20 y 29 años en esa situación de temporalidad laboral, que comienza a ser estructural por la estacionalidad de muchos trabajos y por la política de ahorro de costes de las empresas para mantener la competitividad frente a empresas de países con costes laborales muy inferiores.

GRÁFICO 5. Proporción de asalariados con contrato temporal



Fuente: INE, Encuestas de Población Activa.

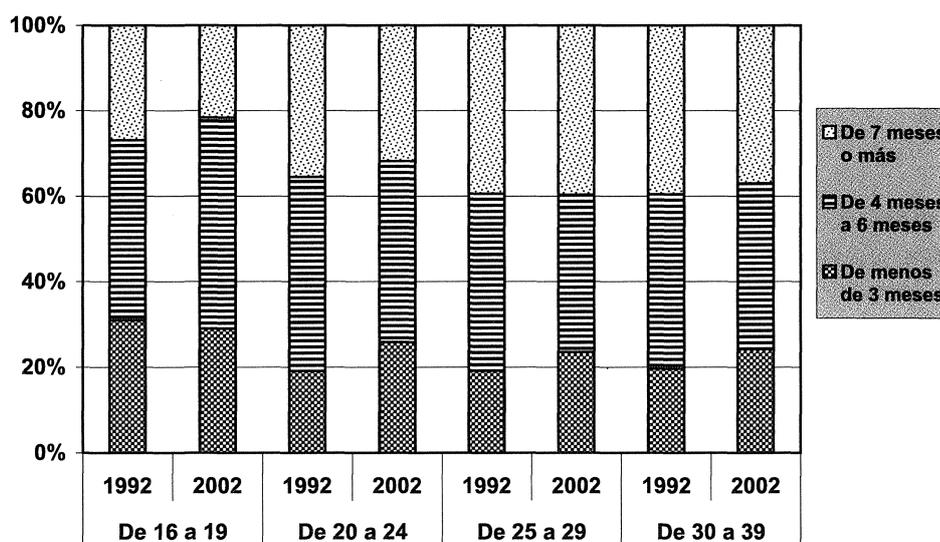
CUADRO 5. Proporción de jóvenes de 20 a 29 años empleados en trabajos temporales. Unión Europea, 2000

Países	Hombres	Mujeres
B	22.6	15.2
DK	24.4	18.0
D	24.6	25.5
EL	23.5	19.3
E	54.4	53.2
F	33.5	30.0
IRL	5.8	4.8
I	20.9	16.5
L	5.3	6.0
NL	22.4	18.2
A	8.9	6.4
P	36.9	29.7
FIN	44.5	29.4
S	33.6	23.9
UK	9.3	8.1
EU	26.0	23.6

Fuente: Ana Franco y Karen Winqvist, *At the margins of the labour market? Women and men in temporary jobs in Europe*, *Statistical in focus*, 13/2002.

Además, cuando analizamos la temporalidad del empleo según la duración de los contratos de trabajo nos encontramos, en el caso español, que la mayoría están por debajo de los 7 meses, tal como revelan los datos representados en el gráfico 6. De igual modo que hemos observado con el paro, la situación de precariedad está también enquistada desde al menos 1992. El modelo de mercado de trabajo que se adopta en los noventa consiste en una sustitución del desempleo por trabajos temporales, que permiten ir rotando y enmascaran de algún modo las altas cifras del paro. Conforme se ha incidido en ese modelo se aprecia incluso un empeoramiento de la precariedad, que pone de manifiesto el ligero crecimiento de los contratos de menos de tres meses, con el único paliativo de que a partir de los 25 años la proporción de contratos de 7 o más meses es mayor.

GRÁFICO 6. Distribución proporcional de asalariados por duración del contrato



Fuente: INE, Encuestas de Población Activa.

En consecuencia con todo lo anterior, descubrimos en los datos del cuadro 6 la discriminación salarial de los jóvenes en relación al conjunto de los trabajadores y tomando en cuenta los estudios formales realizados. En la primera columna podemos ver cómo conforme se avanza en la edad las ganancias se acercan a la media, estando ya en el 90% entre los que cuentan 30 años. Esto sería razonable por la propia trayectoria laboral

que reconocería ascensos y pluses de antigüedad. Pero, destacan también dos hechos: las diferencias salariales hasta los 30 años, que son parte del problema de la emancipación de los jóvenes; y el que conforme la formación es más alta las desigualdades salariales son mayores, lo cual puede tener también una explicación en razón de que las carreras profesionales tienen más recorrido, pero de nuevo destaca la situación de los universitarios, que entre 25 y 29 años logran superar en poco la mitad de las ganancias medias. Y esas diferencias son mucho mayores si hacemos el ejercicio, más arriesgado de interpretar, de ponerlas en relación con las del grupo de licenciados de mayores ingresos.

CUADRO 6. Porcentaje de ganancia salarial por trabajador y año, por edad en relación a la media de cada grupo de estudios realizados.

Edad (años)	Todos los estudios	I.	II.	III.	IV.	V.	VI.	VII.	VIII.	VIII.
Menos de 20	28,1	20,0	35,4	37,1	22,2	30,8	25,0			
20 a 24	45,5	64,9	53,8	57,8	38,0	50,7	45,8	32,7	28,2	18,3
25 a 29	69,3	74,6	69,7	75,2	64,1	71,0	74,2	56,6	50,4	32,7
30 a 34	90,3	75,6	80,4	89,1	86,5	81,0	90,6	81,9	81,7	53,0

Grupos de estudios: I. Sin estudios y educación primaria; II. Educación primaria completa; III. Educación General Básica; IV. Bachillerato; V. Formación Profesional de grado medio; VI. Formación Profesional de grado superior; VII. Diplomados universitarios o equivalente; VIII. Licenciados, ingenieros superiores, doctores; VIII. Licenciados...en relación a las ganancias del grupo que más gana
 Fuente: INE, Encuesta de Salarios.

En definitiva, todos los datos caminan en una dirección: la dualidad del mercado de trabajo que afecta por primera vez en la historia a una circunstancia como la edad, por supuesto que conservando dentro de esa escisión las diferencias sociales según niveles de estudio alcanzados, que siguen guardando alguna correlación con la posición social de origen, y según el género o condición física sexual, que aunque injustificada sigue existiendo aunque ahora tiende a corregirse. Los jóvenes parecen estar soportando el peso que sobre el mercado de trabajo ha recaído en el proceso de adaptación a una economía cada vez más competitiva y abierta a

la globalización. El coste podía haberse distribuido entre el conjunto de trabajadores, directivos e, incluso empresarios, pero se ha optado por un modelo que acabará afectando a todos en el medio plazo, por más que hasta ahora se haya logrado disfrazar la profundidad de las mutaciones que se están produciendo.

De este modo, la edad se ofrece como un nuevo motivo fáctico de estratificación de la sociedad, aunque no haya ni debería existir ningún fundamento para ello.

Tendencias y consecuencias hacia el futuro

Las posiciones teóricas y políticas se mueven entre la negación del fenómeno de la discriminación de los jóvenes y más aún la de la edad como factor de estratificación y las que piensan que asistimos a un nuevo modelo de sociedad que va a generar este y otros nuevos fenómenos pero sin considerar ningún dramatismo en el mismo porque sería propio de una evolución «natural».

Como se ha dicho anteriormente, por más que la discriminación empíricamente contrastada existe, sin embargo no tiene un fundamento social real, aunque solo sea por tratarse de una variable biológica. Más bien parece ser el recurso que las sociedades desarrolladas o especialmente la europea está dando a la salida de una situación de más largo alcance que tiene mucho que ver con la globalización. En definitiva las dificultades del mercado laboral y los costes del mantenimiento del estado del bienestar han recaído sobre los más débiles que en esta ocasión están siendo los que sucesivamente se incorporan a las empresas. Éstas están logrando aumentar su productividad para competir en un mercado mundial cada vez más competitivo, mediante la contratación con nuevas reglas, con la incorporación de personas más cualificadas, aunque precisen de formación específica, y complementariamente con la sustitución de los trabajadores menos productivos, por formación o por coste, que han ido siendo desalojados con las ayudas públicas en forma de prejubilaciones. Como es obvio no todo el coste de esas maniobras lo han pagado los jóvenes, pero sí lo han pagado las familias, de una forma u otra. Por eso, habiendo muchas vinculaciones entre el estudio de la familia y el de los jóvenes, posiblemente sea este aspecto y en estos momentos el más relevante.

Bajo otra perspectiva, podremos mantener que estamos asistiendo a un cambio en el modelo de sociedad, de la educación, del mercado de trabajo y de la familia que conduce a un nuevo modelo de transición a la

vida adulta, tal como se expone en el esquema 3. Que este nuevo modelo se mantenga así en el futuro es otra cosa diferente, pero hasta ahora si asistimos a los cambios apuntados: inserción laboral tardía, independencia residencial difícil, relaciones de pareja tempranas, formación tardía de la familia y consecuentemente maternidad retrasada.

ESQUEMA 3. Modelos de transición a la vida adulta

AÑOS SETENTA	COMIENZOS DEL SIGLO XXI
•Inserción laboral temprana	• Inserción laboral tardía y problemática
•Independencia residencial dilatada según el tiempo de escolarización y no muy problemática	•Independencia residencial muy tardía y dificultosa
•Relación de pareja más tardía, bajo la forma del noviazgo clásico	•Relación de pareja o parejas sucesivas temprana y desinhibida
•Formación de la familia relativamente temprana	•Formación de la familia tardía y/o bajo nuevos modelos
•Maternidad dentro del matrimonio, temprana y con escaso control	•Maternidad tardía, fuera y dentro del matrimonio y controlada

Es quizás éste el aspecto que más preocupa en definitiva a largo plazo, porque nos ha abocado a un descenso de la fecundidad que no tiene visos de remontar, de forma significativa, salvo entre la población inmigrante, que puede por acabar aceptando las pautas restrictivas de las parejas españolas. Esta y otras consecuencias están actuando desde hace mucho tiempo y pueden continuar creando comportamientos institucionalizados que supongan al final cambios sociales de más alcance. De momento, podemos señalar algunos:

<p>•SOBRE LA FAMILIA: ✓··RETRASO DEL MATRIMONIO ✓··RETRASO DE LA MATERNIDAD Y DESCENSO DE LA FECUNDIDAD ✓··NUEVAS ALTERNATIVAS Y MODELOS DE FAMILIA. RELACIONES DE PAREJA BILOCALES</p> <p>•SOBRE LA SOCIEDAD: ✓··TASA DE REPRODUCCIÓN, DESEQUILIBRIO DEMOGRÁFICO ✓··DESPILFARRO DE RECURSOS HUMANOS Y EDUCATIVOS. CUESTIONAMIENTO DEL SISTEMA EDUCATIVO Y DE LA UNIVERSIDAD ✓··CAMBIOS EN LOS MODELOS DE CONSUMO Y ESTRATIFICACIÓN SOCIAL.</p> <p>• SOBRE LOS INDIVIDUOS: ✓··REUBICACIÓN Y CAMBIOS DE ESTRATEGIAS ✓··POSPOSICIÓN DE LA AUTONOMÍA E INMADUREZ,</p>

Como conclusión final cabe subrayar que la situación institucionalizada de la juventud que obliga a la demora de la emancipación repercute sobre toda la sociedad. Factores difíciles de corregir se conjuntaron en su momento para abocar a ese nuevo escenario que se ha convertido en una adquirida condición social para la mayoría de los jóvenes. La persistencia del problema debería haber conducido a plantear desde las ciencias sociales un análisis más consistente, que no la continua repetición de los síntomas y desde la política soluciones y alternativas diferentes al parcheo cuando no la utilización de los jóvenes.

Como se ha visto, la clave del problema es la inserción en el mundo laboral. Desde comienzos de la democracia las diferentes encuestas del CIS y de otras instituciones han venido colocando el paro como el primer problema de la sociedad española y el primero de los personales para los individuos. Es obvio, pues, que la sociedad es consciente de este problema y que ha fracasado en la resolución del mismo, lo cual significa también que ha sido el fracaso en primer lugar de las fuerzas políticas que no han sabido o no han querido priorizar esta problemática. Caben otros escenarios para el mercado laboral que no sean tan costosos para la sociedad y, sobre todo, para los jóvenes y sus familias. Todo parece indicar que se ha optado por un *laisser-faire*, *laisser-passer*, del que ya hemos comprobado el alcance de sus consecuencias. Y, sin embargo, es muy probable que sea el problema principal que tiene la sociedad española, al menos tal como lo viven así sus ciudadanos. Se ha convertido en enfermedad crónica y se vive en la confianza de que el tiempo lo resolverá y que las familias pueden seguir amortiguándolo, pero como toda enfermedad tiene consecuencias sobre la salud y las tormentas que se avecinan no conducen a facilitar las cosas en el futuro.

Bibliografía y Fuentes de Datos:

- CES, La emancipación de los jóvenes y la situación de la vivienda en España, Madrid, 2002.
- A. DE MIGUEL, Dos generaciones de jóvenes 1960-1998, INJUVE, Madrid, 2000
- M. MARTÍN SERRANO, Historia de los cambios de mentalidades de los jóvenes entre 1960-1990, INJUVE, Madrid, 1994.]
- EUROSTAT, Regional Labour Force Differences among Young People in the European Union, Eurostat Working Papers, 3/2001/E/nº 7.
- EUROSTAT, Statistics General indicators on transition from school to work. Youth transitions from education to working life in Europe, Statistical in focus, 4/2003.
- ANA FRANCO y KAREN WINQVIST, At the margins of the labour market? Women and men in temporary jobs in Europe, Statistical in focus, 13/2002.
- INJUVE, Banco de documentos y datos en internet.
- INE, Encuestas de Población Activa, Censos de Población, Encuesta de Salarios en la Industria y los Servicios, En cuesta sobre el tiempo de trabajo, INEBASE en internet.